

8. Amar desde el amor de Cristo: el sacramento del matrimonio

En el primer acto de *El taller del orfebre*, Karol Wojtyła narra el amor entre Andrés y Teresa. Cuando se declara a Teresa, Andrés escoge con cuidado la pregunta: «¿quieres ser la compañera de mi vida?» El sí de la joven tarda algo en llegar: no porque tenga dudas, sino porque quiere vivir en plenitud el momento, captando todo su sentido. La pareja comienza entonces a caminar hacia el taller del orfebre para elegir las alianzas nupciales. Como recordarán más tarde:

Las alianzas que estaban en el escaparate
Nos hablaron con extraña fuerza.
Eran allí meros objetos de metal noble,
Pero lo serían tan sólo hasta el momento
En que yo pusiera una de ellas en el dedo de Teresa
Y ella la otra en el mío.

A partir de este instante comenzarían a marcar nuestro destino.

Este primer acto de la obra se titula «Las señales». En él los anillos tienen un papel singular, dentro de la trama del amor que une a los dos jóvenes. Pues son signos o señales del sacramento del matrimonio por el que hombre y mujer se unen en comunión hasta que la muerte los separe. ¿Cuál es la «extraña fuerza» que, según la poesía de Karol Wojtyła, se contiene en estos anillos? ¿De qué modo son capaces de «marcar el destino» del hombre? ¿Qué puesto tienen en el camino del amor que recorreremos en este libro?

El signo del cuerpo

Hemos insistido en una idea clave: el cuerpo tiene un lenguaje propio, el lenguaje del amor; no es materia bruta, sino que está cargado de sentido. El cuerpo, en efecto, habla para decir que el hombre no es ser aislado; que recibe su identidad en el encuentro y relación con otros: con el mundo que le rodea, con los demás hombres, con Dios. Podemos considerar el significado del cuerpo según tres coordenadas.

En primer lugar, el cuerpo tiene un sentido *filial*, porque representa la relación del hombre con Dios: el cuerpo es el espacio donde se reconoce que Dios es Padre. Si esta afirmación nos sigue resultando extraña (¿cómo es que el cuerpo, humilde y terreno, habla del Dios invisible e inmortal?) pensemos que el cuerpo fue tejido por Dios en el seno materno; y que la fragilidad del cuerpo –la experiencia de la enfermedad y la muerte– nos hace dirigirnos a Dios, que nos sostiene en el camino de la vida. En segundo lugar, el cuerpo es *nupcial*, porque en él se manifiesta el amor entre el hombre y la mujer, en su ser masculino y femenino. Así, el cuerpo expresa la vocación del ser humano a convertirse en esposo. En tercer lugar, el cuerpo tiene un significado *procreativo*, porque la unión de los esposos se abre al don de una vida nueva, a través de la cual el Creador bendice su amor y lo hace fecundo.

Por tanto, la vocación y destino de la persona humana –llamado a ser hijo, esposo, padre– está inscrita en su cuerpo. Se trata de un camino que comienza en Dios, está sostenido por el amor de Dios, y une al hombre y la mujer en su marcha hacia Dios. Y así, cuando se vive en el cuerpo la dimensión filial, nupcial y paterna del amor, se está encarnando visiblemente la imagen de Dios en el mundo: se muestra el lugar donde Él se manifiesta y el camino que lleva a Él.

Desde aquí podemos entender por qué Juan Pablo II habla del cuerpo como sacramento. Normalmente usamos la palabra para referirnos a los siete sacramentos de la Iglesia, desde el Bautismo a la Unción de enfermos. Es sabido que los sacramentos son signos eficaces de la gracia de Dios: permiten ver su amor invisible y experimentar su presencia y acción en la vida. Ahora bien, ¿no sucede algo parecido en el cuerpo del hombre? ¿No nos revela a su vez algo invisible, la vocación al amor, el camino desde las manos del Padre hasta su abrazo definitivo?

En particular, en la unión de amor entre hombre y mujer, el cuerpo se presenta como un sacramento del don divino –pues Dios se hace presente en el amor de los esposos. Esto permite a Juan Pablo II hablar de la unión de Adán y Eva, tal y como la constituyó Dios al principio del mundo, como del «sacramento de la creación». Claro que no se trata de uno de los siete

sacramentos de la Iglesia. Pero ayuda a entender la necesidad de todos los sacramentos cristianos. Dios establece los sacramentos, signos visibles y corporales, porque quiere salvar al hombre en cuerpo y alma. Y esa salvación consiste en entregar su amor, en darse a los hombres y mostrarles la ruta hacia Él. Es algo que ya empezaba a hacer en el principio, al bendecir al hombre con la presencia de Eva, al bendecir a ambos con la venida de un hijo. El cuerpo hace visible y eficaz este proyecto de comunión. Desde aquí podemos concentrarnos en el sacramento del matrimonio.

La nueva medida del amor

Ya hemos dicho que la vida, muerte y resurrección de Cristo revela en plenitud el amor de Dios por el hombre. En ella se muestra, además, el camino del hombre hacia Dios, la respuesta del hombre al amor primero del Creador. En efecto, Cristo es el Hijo y el Esposo, que marcha por la senda del amor filial, sponsal y paterno. De esta forma Jesús lleva a plenitud la triple dimensión del amor que el cuerpo revela: ser hijos, llamados a entregarse como esposos y a generar fruto con el amor mutuo.

Así Cristo, por un lado, recupera el antiguo modelo, el que vivían Adán y Eva en el paraíso y que Juan Pablo II llama «sacramento de la creación». Por otro lado, Cristo va más allá, para insuflar en la ruta del hombre un factor nuevo, insospechado: su eterno amor al Padre en el Espíritu. Cristo enseña al hombre a ser hijo de Dios y, muriendo en la Cruz por su Iglesia, la engendra a una nueva vida: es su camino de Hijo y Esposo que ocurre precisamente a través de su cuerpo entregado. Hay, pues, armónica sintonía entre estos dos momentos, la creación y la redención. De hecho San Pablo, en su carta a los Efesios, ilustrará la obra de Cristo a la luz del amor de los esposos. El Apóstol comienza recordando la enseñanza del Génesis: «por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne» (Gén 2,24). A continuación Pablo aplica la imagen a Cristo y la Iglesia: «Gran misterio es éste», afirma de esta unión, «lo digo respecto a Cristo y la Iglesia» (Ef 5,32).

La palabra misterio, sin ser sinónimo de sacramento, está relacionada con ella. Pues el misterio se refiere también a la manifestación visible de una realidad invisible: el amor eterno y escondido del Padre se muestra activo y eficaz en la historia terrena de Jesús. ¿Qué quiere decir San Pablo con esta comparación? El Apóstol habla de la unión de Adán y Eva en una sola carne. Como sabemos, aquí se revela ya el amor divino, pues el amor entre hombre y mujer está sostenido por el amor primero del Creador y abierto hacia la trascendencia. Por eso hemos hablado de esta primera unión como de un cierto «sacramento», que Juan Pablo II llama «sacramento de la creación» y, también, «sacramento primordial». La carta a los Efesios subraya que esta unión entre Adán y Eva apunta hacia la unión entre Cristo y la Iglesia. Se entiende entonces que el amor entre hombre y mujer esconde un misterio aún más grande, una relación con el amor de Jesús por los suyos: es lo que Juan Pablo II llama «sacramento de la redención». El amor entre hombre y mujer se refiere ahora a esta entrega total de Cristo por su Iglesia. La revelación del amor de Dios en su Hijo ha abierto horizontes insospechados para el amor humano.

De hecho, esta unión entre Cristo y la Iglesia es el modelo primordial para entender el matrimonio entre hombre y mujer. Podemos preguntarnos cómo es esto posible. ¿No existieron primero Adán y Eva y solo luego, mucho más tarde, vino Jesús y se entregó por la Iglesia? Lo que ocurre es que, en la carta a los Efesios, Pablo nos invita a mirar las cosas desde otro punto de vista, la mirada de Dios. Según la perspectiva divina, dice el Apóstol, Cristo es principio y fin de todo lo que existe: Él es el Hijo eterno llamado a convertirse en Esposo para llevar a toda la creación a plenitud. Esto quiere decir que la unión entre Adán y Eva viene primero en el tiempo, pero no en el proyecto de Dios sobre la historia: aquí lo principal es la unión de Cristo y su Iglesia. Desde el punto de vista de Dios el «sacramento de la creación» recibe su luz y fuerza a partir del «sacramento de la redención». Dice Juan Pablo II:

La realidad de la creación del hombre estaba ya impregnada por la perenne elección del hombre en Cristo: llamada a la santidad a través de la gracia de adopción de hijos [...] Tal gratificación le ha sido dada en consideración a Aquel que desde la eternidad era “amado” como Hijo, aunque –

según la dimensión del tiempo y de la historia— esta haya precedido a la encarnación de este “Hijo amado”.

Precisamente por ser Cristo el verdadero comienzo de la historia, aquel en quien el mundo fue creado, tiene la llave para reabrir la puerta del paraíso y recuperar la unión originaria de Adán y Eva. Jesús devuelve al amor humano el esplendor que tenía cuando salió de las manos del Creador. Él entrega la pureza de esta unión a los esposos cristianos como regalo de bodas. En este sentido el matrimonio cristiano es la recuperación del «sacramento» del principio, el «sacramento de la creación» que había sido roto por el pecado.

Ahora bien, no es este el único efecto del encuentro de los esposos con Cristo en el sacramento del matrimonio. Pues Cristo no solo recupera el principio, sino que lo sitúa en la esfera del «sacramento de la redención», en donde se realiza el amor del Esposo por la Iglesia. Es decir, Jesús eleva el amor entre los esposos para convertirlo en un sacramento de su nueva alianza, un signo visible y eficaz de su amor infinito. Hay que insistir en que el sacramento de la redención no elimina la triple dimensión del amor humano, revelada en el cuerpo, en su ritmo filial, sponsal y procreativo. Al contrario, la completa para hacerla un vehículo de comunicación de la misma vida divina. En ambos casos el cuerpo —cuerpo de hombre y mujer, cuerpo de Cristo en su entrega por la Iglesia— se convierte en el lugar de la manifestación del amor de Dios en el mundo, según su vocación a ser hijo, esposo, padre.

Podemos entonces decir que la vida, muerte y resurrección de Cristo trae una nueva medida al amor conyugal. Los esposos cristianos son llamados a amarse mutuamente de acuerdo con el misterio de Cristo, «en el temor de Cristo» (Ef 5,21). Nos preguntamos, entonces: ¿en qué consiste esta medida nueva? Respondemos: es la medida de Cristo como Hijo y Esposo, la medida de aquel que lleva a plenitud su amor filial por el Padre y su dedicación sponsal a la Iglesia. Lo que ocurre en el sacramento del matrimonio es que este amor del Hijo y del Esposo se hace accesible a los cónyuges. Cristo les confía, por así decir, su propio amor, para que puedan vivir de él. Por eso pueden convertirse en signo vivo del amor entre Cristo y la Iglesia:

Maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada (Ef 5,25-27).

Gran tarea, pues, la que Pablo encomienda a los esposos cristianos. ¿No superará sus fuerzas? Para no desalentarnos hemos de recordar el don que Cristo hace al creyente: comunica su propio amor, un amor que ha recorrido nuestros mismos pasos por la tierra, que ha vivido también como Hijo y Esposo. A esta luz, no es extraño que su amor pueda acompañar a los cónyuges en la ruta. Este amor que Cristo comparte con la pareja no es una cosa, sino una persona viva, el Espíritu Santo. El Señor Resucitado sopla y envía su Espíritu sobre ellos para que no desesperen en su afán de vivir según esta nueva medida del amor. Este Espíritu transformará el frágil amor de los esposos en la plenitud de la caridad conyugal:

El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz.

En el sacramento del matrimonio Dios confiere a los esposos esta gracia: la caridad conyugal. Se llama caridad conyugal, porque se realiza en la relación entre marido y mujer. A través del don de su Espíritu, Cristo capacita a los esposos para que se comuniquen entre sí el mismo amor divino de Jesús, a través de su unión en una sola carne. Como afirma Tertuliano: «son a un tiempo hermanos y consiervos. No hay separación entre ellos ni en espíritu ni en carne. De hecho son verdaderamente una sola carne, y donde la carne es una, también es uno el Espíritu». El Espíritu empapa la unión corporal de los esposos, y convierte su comunión de vida en un signo de la presencia y amor de Dios. Juntos serán entonces capaces de vivir la vida del Espíritu, que se caracteriza por la virtud de la castidad y el don de piedad, de los que hablamos en nuestro anterior capítulo.

Quienes, como cónyuges, según el eterno plan divino, se unen de tal modo que *se convierten*, en cierto sentido en «una sola carne», son también a su vez *llamados, mediante el sacramento*, a una vida «según el Espíritu» que se corresponda con el «don» recibido en el sacramento. En virtud de ese «don», al llevar como cónyuges una vida «según el Espíritu», son capaces de descubrir la gratificación particular de la que se han hecho partícipes. Así como la «concupiscencia» ofusca el horizonte de la visión interior y quita a los corazones la limpidez de los deseos y las aspiraciones, en la misma medida la vida «según el Espíritu» (o sea, la gracia del sacramento del matrimonio) permite al hombre y a la mujer encontrar la verdadera libertad del don, unida al conocimiento del sentido esponsal del cuerpo en su masculinidad y feminidad.

La vida en el Espíritu, compartida por los esposos, les hace capaces de mantenerse fieles y les abre al don y tarea de la procreación de los hijos. Son dos dimensiones muy importantes del amor esponsal: la fidelidad y la fecundidad. Las dos son parte del lenguaje del cuerpo en el matrimonio. Vamos a estudiarlas ahora con detalle.

Fidelidad para siempre

Los esposos pronuncian su «sí» no solo con los labios, sino también con sus cuerpos. El lenguaje de la unión conyugal es el lenguaje de la entrega plena, que abarca todo el tiempo de la vida. Así dice Juan Pablo II:

Las palabras «Yo te tomo a ti como esposa – como esposo» llevan en sí precisamente aquel perenne, y cada vez único e irrepitable, «lenguaje del cuerpo» y al mismo tiempo lo colocan en el contexto de la comunión de las personas: «Prometo ser te fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y amarte y respetarte todos los días de mi vida».

Todo el que ama de verdad quiere dar un sí para siempre; no hay enamorados que no se juren amor eterno. Y, sin embargo, hay dificultades que nos hacen preguntarnos si este «sí» es posible. ¿Se puede tomar una decisión sobre un futuro que todavía no se conoce? ¿No cambiaremos nosotros o la persona que amamos? ¿No será mejor dejar una puerta abierta por si acaso no marchan bien las cosas? Por otro lado, esta promesa para siempre, ¿no elimina nuestra libertad, como una cadena que no nos dejase ya volar y tomar otras opciones? ¿No será mejor mantenerse libre de compromisos?

Empecemos con la primera dificultad, que George Bernard Shaw expresó en clave de humor. El escritor inglés definió el matrimonio como la unión de dos personas «bajo el influjo de la más violenta, loca, engañosa y pasajera de las pasiones; se les pide que juren que deben permanecer en esa condición agitada, anormal y agotadora, todos los días de su vida hasta que la muerte les separe». De forma más seria podríamos decir: si no sabemos cómo habremos cambiado después de uno, cinco o diez años, ¿cómo podemos asegurar nuestro amor y entrega para toda la vida? Es más: ¿no cambiará también la otra persona, desvelando aspectos que ahora no se conocen y que no resultan amables? ¿Cómo prometer que se seguirá queriendo al cónyuge cuando éste ya no sea como ahora?

Para responder, podemos recordar nuestra discusión sobre los distintos niveles del amor, en el segundo capítulo de este libro. Contra lo que expresa Bernard Shaw, el matrimonio no se basa solo en sentimientos, que van y vienen como olas marinas, sino que se apoya en un fundamento sólido: la afirmación de la persona amada, a la que se quiere por sí misma, y que tiene dignidad eterna. Cuando uno se enamora, sus emociones traen consigo una promesa de felicidad; en el tiempo del noviazgo se asegura de que tal promesa es fundada. Se trata de verificar si el amor ha madurado bastante y es ya posible construir sobre buenos cimientos. Ese momento llega cuando la propia sensualidad y afectos, en vez de ser movimientos pasajeros, señalan con seguridad al bien del amado y descubren en él a alguien digno de ser querido por sí mismo. Solo entonces se puede dar un sí para siempre, pues se ha encontrado un ancla fija que sostiene la nave. Y por mucho oleaje que se produzca se sabe que se seguirá amando, aunque el futuro no esté totalmente bajo el propio control. Hay algo que nunca cambiará: la persona del amado, y su vocación a un amor eterno. Es ahora cuando los cuerpos pueden decir también el «para siempre» de la unión conyugal. Pues han aprendido a percibir y expresar –a través de los deseos y afectos– la dignidad infinita de la otra persona. Hacerse una sola carne antes de

pronunciar este sí sería como mentir con los cuerpos, expresando en ellos algo que no es verdadero.

Este fundamento en que los esposos se apoyan para entregar su futuro va más allá de ellos mismos. Si se descubre algo eterno en la persona amada es porque se la ve a la luz del amor de Dios. Amar significa entrar en una esfera que es más grande que los dos amantes, una especie de atmósfera divina donde su amor mutuo puede respirar. Solo si los esposos acuden a esa fuente primera de amor son capaces de darse a su vez mutuamente. Por eso, la promesa de felicidad no se basa solo en las propias fuerzas de los amantes, sino en el amor trascendente de donde ambos beben. En *El taller del orfebre* Karol Wojtyła expresó esta verdad con una imagen: los anillos son forjados por el orfebre, que representa a Dios. Es decir, las alianzas no simbolizan solo la decisión de los esposos de permanecer juntos. Su amor es estable porque se apoya en el amor primero del Padre. Por eso podemos decir que los anillos mantienen unidos a los esposos y sostienen el amor que comparten. No son solo los esposos los que guardan la alianza del matrimonio: la misma alianza les protege a ellos y les mantiene unidos.

En otras palabras, la libertad para dar un sí que dure toda la vida está basada en un amor que precede a los cónyuges y les lleva más allá de sus expectativas, el amor primero del Creador. Apoyados en ese amor son capaces de superar el miedo al futuro y la ansiedad que lo acompaña y amenaza con paralizarlos. Escuchemos de nuevo a Andrés y Teresa en *El taller del orfebre*:

Andrés: Tuve entonces la sensación de que buscaba con su mirada nuestros corazones, adentrándose en su pasado. ¿Abarcará también el futuro? La expresión de sus ojos era una mezcla de bondad y firmeza. El futuro seguía siendo una incógnita que ahora aceptábamos sin inquietud. El amor vence la inquietud. El futuro depende del amor.

Teresa: El futuro depende del amor.

Podemos ahora referirnos a la segunda dificultad que antes mencionamos. Es el miedo de que, al comprometerse uno para siempre, quede atado y pierda su libertad. ¿No se parece el compromiso a una prisión, una puerta cerrada que elimina futuras opciones? Si se piensa así, es porque se tiene una visión muy pobre de la libertad. Pues la verdadera libertad está enraizada en el amor, y solo es posible cuando alguien nos ama y nos invita a entregarnos; es una respuesta a la invitación del amor para participar en una nueva vida, siempre más grande que uno mismo. Benedicto XVI ha explicado esta misma conexión, hablando de libertad y don:

La mayor expresión de la libertad no es la búsqueda del placer, sin llegar nunca a una verdadera decisión. Aparentemente esta apertura permanente parece ser la realización de la libertad, pero no es verdad: la auténtica expresión de la libertad es la capacidad de optar por un don definitivo, en el que la libertad, dándose, se vuelve a encontrar plenamente a sí misma.

De hecho, solo el que puede prometer para siempre demuestra que es dueño de su futuro. Sólo él lo tiene de tal modo en sus manos que puede entregarlo a la persona amada. Lo que de veras esclaviza no es el compromiso, sino el miedo, que no deja ser señor del propio porvenir e impide la entrega fecunda.

Se puede usar una imagen para comprender esta conexión entre libertad y entrega de amor. Cuando los montañeros escalan un pico lo hacen en cordada, amarrados el uno al otro. Esta cuerda no es un obstáculo para su libertad: les permite caminar unidos, apoyarse mutuamente, sostenerse si hay peligro de caída, llegar juntos a la meta. Sin la cuerda, que representa la promesa de fidelidad, los montañeros no son libres, sino que vagan sin dirección y corren el riesgo de despeñarse. Cuando falta el lazo de la fidelidad no se consigue una vida libre, sino una «caída libre», que acaba por destruir la vida. Si ahora se tiene en cuenta que la cordada va precedida por un experto guía, alguien que conoce bien el camino, y puede así orientar los pasos, podemos completar la imagen: estar vinculados es lo que dará dirección a la marcha, permitiéndole llegar a la meta. El mismo Cristo se convierte en guía del amor humano, el que encamina los pasos de los esposos hacia la patria definitiva.

Por eso la indisolubilidad del matrimonio es lo contrario de una cadena que aprisiona. Lo que une es el vínculo del amor, que siempre se renueva porque siempre está en marcha hacia la meta: se crece juntos hacia el infinito eterno de Dios. Lejos de obstaculizar su libertad, el nudo

de la fidelidad conyugal libera a los esposos para que puedan crecer continuamente hacia el otro y hacia el horizonte que los abarca y es más grande que ellos. «Secretamente / nos unimos / hasta formar uno solo / por obra de estas alianzas», dice sabiamente Andrés en *El taller del orfebre*.

En definitiva: el vínculo que une a los esposos es irrompible porque se basa en su fidelidad mutua, que hunde sus raíces en el amor eterno del Creador: solo así pueden prometerse un sí para siempre.

Esta permanencia se da ya en el «sacramento de la creación», una dimensión en que viven todos los hombres y mujeres. Pero en el matrimonio cristiano este vínculo de indisolubilidad se refuerza hasta extremos insospechados. Pues Cristo, el Esposo, al asumir en sí el amor humano, lo lleva a plenitud. Jesús pronuncia un «sí» a la Iglesia, su esposa, que supera infinitamente toda entrega entre hombre y mujer. Pues este amor de Cristo no se tambalea ni se echa atrás. En vez de esperar a ser amado, Él ama primero; ama incluso cuando encuentra, no solo indiferencia, sino incluso odio y rechazo. Es un amor capaz de morir por quien le persigue, de dar la propia vida por los enemigos. Es un amor que «lo tolera todo, todo lo cree, lo espera todo, lo soporta todo», un amor que no falla nunca (cf. 1 Cor 13,7-8). Cuando dos cristianos intercambian los votos esponsales reciben una participación en este amor indestructible. La estabilidad de este vínculo, una participación en el vínculo irrompible del amor entre Cristo y la Iglesia, es la verdadera base que sostiene la fidelidad de los esposos.

¿Quiere decir esto que los esposos quedan transformados por arte de magia en seres incapaces de rechazo, traición o infidelidad? Sería una ingenuidad suponerlo. No es que los esposos cristianos no tengan que trabajar unidos para vencer las dificultades. Lo que ocurre es que ahora pueden siempre confiar en la fidelidad insondable de Cristo y no desesperan nunca de amarse el uno al otro con su amor. En el sacramento de la Confesión y la Eucaristía la presencia del amor de Jesús se hace viva y concreta.

El mayor miedo de quien ama es que su amor sea rechazado, que ame sin que la otra persona le corresponda. Por eso pocos se atreven a ser los primeros en dar, sin esperar a cambio; no se osa perdonar por miedo a que el perdón sea rechazado o la otra persona vuelva a herir o traicionar. De ahí que el amor mutuo corra el riesgo de bloquearse, pues ambos esposos esperarán a que el otro dé el primer paso, y ninguno avanzará posiciones. Si esto es así, ¿cómo será posible construir una unión estable, que resista los embates del tiempo? El cristiano cuenta con una respuesta a esta dificultad. Su don será siempre recibido por alguien: es Jesús, que ha subido a la Cruz, el lugar desde donde nos ha amado siendo nosotros pecadores, donde ha dado amor a espaldas a aquellos que lo rechazaban. Y así podemos atrevernos a dar el primer paso en el amor, pues hemos sido ya acogidos de antemano por el amor de Jesús. Ningún acto de amor quedará sin respuesta: Cristo estará allí para recogerlo y corresponder a Él. De este modo los esposos no se aman a partir de la propia carencia; su amor mutuo nace, más bien, de una desbordante plenitud: el don recibido de Cristo. Pueden amar generosamente, sin esperar a que el otro les ame primero, y aseguran así que no se paralice su alianza.

El don de una nueva vida

Además de ser para siempre, el sí de los esposos en el matrimonio es un sí fecundo, abierto a la vida. Para entender esta fecundidad nos ayuda ver la diferencia que hay entre un fruto y un producto. El producto proviene de los propios recursos; es algo que se elabora a partir de lo que ya se posee. Producir es modelar el material y ensamblar sus partes: en este proceso, el productor se basta a sí mismo. El fruto, por su parte, supera las capacidades de aquel que lo da. Hay en el fruto un cierto milagro: pensemos en el árbol que, siendo solo madera y hojas, nos ofrece fruta llena de sabor. El ejemplo nos ayuda a ver que para poder dar fruto se tiene que participar en algo más grande que uno mismos, de igual modo que un árbol da fruto solo si hunde sus raíces en terreno fértil y recibe del cielo agua bienhechora y luz abundante. ¿Qué significa esto para los esposos? Un acto de amor es fecundo solo si sus raíces se alargan más allá del propio yo, más allá también de la propia pareja. El acto conyugal ofrece un ejemplo claro: los esposos dan un fruto que les supera infinitamente, que nunca habrían podido producir por sí

mismos: el don de una nueva vida. El asombro de los padres ante cada nuevo hijo les recuerda que su amor está enraizado en el amor de Dios, y que solo así puede hacerse fecundo. Como dice Juan Pablo II:

En esta verdad del signo, y después, en el *ethos* de la conducta conyugal, se inserta la perspectiva del significado procreativo del cuerpo, es decir, de la paternidad y la maternidad [...] A la pregunta: «¿Estáis dispuestos a recibir de Dios, responsable y amorosamente los hijos que Dios os dé y a educarlos según la ley de Cristo y de su Iglesia?», el hombre y la mujer responden: «Sí, estamos dispuestos».

Exploremos este punto: el amor de los esposos da fruto porque participa en el amor de Dios. Ya vimos esto cuando estudiamos la historia del Génesis y el amor entre Adán y Eva: solo podemos amar al otro si le recibimos como regalo de Dios y nos sabemos confiados a él por el Padre común. Ahora, con la venida de Cristo, esta fecundidad se eleva a un nuevo nivel. En la redención, llevada a cabo por Cristo y ofrecida a los esposos cristianos, la cosa alcanza su plenitud: marido y mujer han entrado en la esfera del amor que une a Cristo y su Iglesia y participan de una entrega mayor de vida. Por eso, el fruto de su amor será siempre mayor que su contribución, les superará en modo radical. Esto ocurre también en el caso de que el matrimonio no tenga hijos: el amor siempre da un fruto, aunque muchas veces sea invisible.

Por eso nadie podrá llamarse dueño de su hijo. Este podría ser el caso si los hijos fueran solo el resultado de una decisión por parte de los padres. Pero como el hijo viene de un amor más grande que abraza a los esposos y los lleva más allá de sí mismos, no se le puede considerar nunca totalmente dependiente de ellos, como si debiera solo a ellos su existencia. La nueva vida comienza en una esfera que trasciende a los padres. La alegría de la primera mujer —«He concebido un hijo con la ayuda del Señor» (cf. Gén 4,1)— expresa esta verdad esencial sobre la procreación. Y también lo que la madre de los mártires macabeos dice a uno de sus hijos: «No sé cómo aparecisteis en mis entrañas, ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno» (2 Mac 7,22).

Precisamente porque la fecundidad es tan importante en el amor, entendemos que las parejas que no han podido tener un hijo quieran recurrir a técnicas de reproducción artificial, como la fecundación *in vitro*. Hay que respetar el dolor que experimentan estos matrimonios. Ahora bien, debemos explicarles que tales técnicas no curan la herida de la infertilidad, sino que, si acaso, la hacen más profunda. ¿Por qué es esto así?

La verdadera fecundidad, dijimos, es posible cuando entramos en una esfera que nos supera. Es como el árbol que da fruto porque absorbe su alimento de un suelo fértil y recibe la luz del cielo. Esto es precisamente lo que ocurre en la unión conyugal: los esposos entran en contacto con la Fuente del amor y la vida, usando un lenguaje que les ha sido dado por el Creador; se unen entre sí porque se reciben mutuamente de las manos de Dios. La fecundidad de su unión corporal revela a los esposos la presencia de Dios en su amor y les enseña que deben recibir al hijo como a un regalo, como un don. Los padres no obtienen al hijo como el producto de una decisión, sino que lo acogen como el fruto de un amor que es más grande que ellos. Lo que han hecho los esposos ha sido entregarse el uno al otro, amarse de verdad; y es de esa unión de donde el hijo viene. Esta manera de recibir al hijo es la única que está de acuerdo con su dignidad personal, porque no lo hace totalmente dependiente de sus padres, como si ellos lo hubieran creado.

La fecundación *in vitro*, por el contrario, introduce una lógica diferente en la generación del hijo. Todo sucede como si el hijo viniera solo de la decisión de sus padres y de sus deseos de tener descendencia. Como consecuencia, la conexión entre el hijo y el Creador, fuente última del amor y de la vida, no aparece presente en la acción paterna. Por eso los padres estarán tentados de tratar al niño más como un producto elegido, que viene a satisfacer su carencia, que como a un don que brota de la plenitud de amor que viven como esposos. Más aún, como los padres tienden a mirarse a sí mismos como los únicos que han originado la nueva vida que engendran, se cargan con una responsabilidad descomunal. ¿Cómo puede un ser humano garantizar la felicidad futura de su descendencia? ¿Cómo podría un padre responder a la queja de su hijo, si este le dijera, como dijo Job: «perezca el día en que nació» (Job 3,3)? Por el

contrario, cuando el hijo viene del fruto de la unión conyugal, los padres son conscientes de la presencia divina en su amor y pueden confiar el futuro del hijo a la fuente de que este vino, sin tener que cargar con el peso total de la responsabilidad por el buen éxito de su vida. Dios, que ha dado el fruto, se cuidará también de que crezca y madure.

Las parejas que no pueden tener hijos sufren profundamente. Hay que asegurarles que pueden ser fecundos de forma diferente, no menos real. De hecho, la clave de la fecundidad está, como dijimos, en aceptar el fértil suelo de que bebe el amor de los esposos: el amor de Dios mismo, que sostiene su relación. Si estas parejas sin hijos permanecen en comunión profunda con la fuente última del amor y la vida, pueden entender que su unión –incluyendo en ella los sufrimientos– siempre será fecunda de mil modos distintos. Esta fecundidad tomará formas concretas; puede ser, por ejemplo, la manera de ejercer la hospitalidad, una misión de apoyo social, su trabajo mismo en la sociedad o la adopción de hijos.

Educar en el amor

La misión de los padres no termina cuando su hijo ha nacido. El fruto de su amor tiene que crecer y ser educado en el seno de ese mismo amor. El hombre y la mujer están llamados a jugar distintos papeles, ambos imprescindibles, en la vida de sus hijos. Karol Wojtyła habla de esta colaboración en su obra *Esplendor de paternidad*:

La mujer sabe de engendrar inmensamente más que el hombre. Lo sabe sobre todo a través del dolor que acompaña al parto. El uno y el otro son su misterio. Y, sin embargo, la maternidad es expresión de la paternidad. Siempre ha de retornar al padre para tomar de él todo aquello de lo que es expresión.

Karol Wojtyła supone en este pasaje que la conexión de una mujer con la nueva vida está inscrita en su propio cuerpo. Aparece entonces la conciencia de que esta vida es especial: el hijo tiene una dignidad irreducible a los demás bienes de este mundo, una especial conexión con el Creador mismo. Y así dice la primera mujer, la madre de los vivientes: «He concebido un hijo con la ayuda de Dios» (cf. Gén 4,1). Preservar esta conexión entre la sexualidad y la fuente primera de la vida es, de hecho, tarea especialmente encomendada a la mujer. Dice Juan Pablo II:

Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre, no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general, que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer. Comúnmente se piensa que *la mujer* es más capaz que el hombre de dirigir su atención *hacia la persona concreta* y que la maternidad desarrolla todavía más esta disposición.

El Papa añade entonces que el padre experimenta la relación con su hijo de manera distinta a la madre. Lo hace, por así decir, desde el exterior, pues no siente en su mismo cuerpo la conexión con la nueva vida. «El hombre, no obstante toda su participación en el ser padre, se encuentra siempre “fuera” del proceso de gestación y nacimiento del niño y debe, en tantos aspectos, *conocer por la madre* su propia “*paternidad*”». Por la misma razón, esta distancia se convierte en algo imprescindible para la tarea de ser padre. El padre se sitúa en la lejanía, y así da al hijo la posibilidad de que crezca, de que abandone el regazo materno para madurar y adentrarse en la vida. No se trata aquí, por supuesto, de una distancia indiferente: es un espacio abierto en el amor, para que el hijo pueda crecer, caminando por sí mismo en la senda de la existencia.

Van Gogh tiene un cuadro en que recoge una escena de vida familiar que ilustra esta complementariedad entre padre y madre. Se trata de una niña que está aprendiendo a dar sus primeros pasos. En un lado del cuadro está la madre, que abraza a su hija, mientras que al otro lado, unos metros más lejos, el padre espera con los brazos extendidos para recibir a la pequeña. La obra de Van Gogh ilustra lo que estamos diciendo: todo niño está llamado a recorrer el espacio entre estos dos abrazos, el de la madre que le sostiene desde que entra en la existencia, y el del padre que le espera en la distancia. Notemos que en ambos casos se trata de un verdadero abrazo: cercano el primero, lejano el segundo. Es decir: no hay indiferencia en el padre, sino la apertura que sostiene, protege y ayuda al niño a caminar, confiado en que encontrará el amor paterno al final del camino, tras haber crecido y madurado.

La fecundidad del matrimonio, y la tarea de la educación que hemos descrito hasta ahora, es la participación en la obra del Creador, según lo que Juan Pablo II llama el «sacramento de la creación». Por su parte, en el «sacramento de la redención», cuando los esposos se unen en Cristo, se confía a los padres un don que perfecciona su capacidad de dar fruto. Pueden ahora participar del mismo amor fecundo por el que Cristo da vida a cada cristiano. Y por eso no solo cooperan con Dios en dar a luz y educar al niño, sino que han de transmitir también la vida divina que comienza aquí en la tierra y florece en el cielo. Los esposos cristianos se hacen así fructíferos en vida eterna:

Con respecto al matrimonio «se puede deducir que –instituido en el contexto del sacramento de la creación en su globalidad, en el estado de la inocencia originaria– éste no sólo debía servir para prolongar la obra de la creación, o sea, de la procreación, sino también para derramar sobre las posteriores generaciones de los hombres el mismo sacramento de la creación, es decir, los frutos sobrenaturales de la eterna elección del hombre por parte del Padre en el eterno Hijo: esos frutos con los que el hombre ha sido gratificado por Dios en el acto mismo de la creación».

El problema de los anticonceptivos

La unión de hombre y mujer se abre al don de una nueva vida. Puede ocurrir, sin embargo, que graves razones vuelvan aconsejable a los esposos no recibir un nuevo hijo en su familia, por un periodo de tiempo más o menos largo. ¿Qué pueden hacer ante esta situación? Una solución muy difundida es el uso de métodos anticonceptivos. Del mismo modo que modificamos nuestro ambiente para hacer la vida más confortable, por medio de la tecnología, ¿por qué no aplicar la misma ciencia a nuestros cuerpos y evitar consecuencias no queridas del acto conyugal?

Para responder, hemos de recordar cuanto hemos dicho sobre el cuerpo y su significado. El cuerpo tiene un significado unitivo (que se ordena a la unión de los esposos) junto con un significado procreativo (abierto a engendrar una nueva vida) y un significado filial (el cuerpo expresa la relación del hombre con su Creador y Padre). Estas tres dimensiones son inseparables, pues en su unidad constituyen el dinamismo del amor. El hombre y la mujer pueden amarse de verdad solo si van más allá de sí en un don mutuo (significado unitivo); este don es posible porque los esposos enraízan su amor en el Creador común, fuente del amor y la vida (significado filial); de este modo, una vez que el amor sponsal está en conexión con la fuente del amor, como si fuera un suelo fértil de que el amor brota, la unión de los esposos puede dar un fruto que va más allá de ambos cónyuges (significado procreativo).

¿Qué ocurre entonces cuando una pareja decide hacer infértil el acto conyugal mediante anticonceptivos? El hombre y la mujer eliminan el significado procreativo del cuerpo, pensando que así podrán unirse sin dificultades y expresar su amor conyugal. Ambos creen ver un conflicto entre los significados unitivo y procreativo del cuerpo: piensan que solo si eliminan la apertura a la vida pueden mantener viva su unión. Pero al obrar así no se dan cuenta de que los significados del cuerpo no pueden ser separados, porque juntos forman un único dinamismo, el dinamismo del amor. Eliminar uno de los significados del cuerpo es a la vez actuar contra los otros, bloqueando el movimiento del amor.

En efecto, cuando el significado procreativo del cuerpo se elimina, el don total de sí a la otra persona se hace imposible. Pues hay algo que los esposos no quieren compartir, algo que no quieren darse ni recibir del otro. Se trata del don de la fecundidad, la capacidad del hombre de hacer a la mujer madre, y de la mujer de hacer al hombre padre. En la anticoncepción, los esposos no quieren dar a la otra persona (ni recibir de ella) este regalo. No es que todo acto conyugal haya de resultar en el nacimiento de un hijo; sino que ha de estar abierto a la recepción de ese don, la paternidad o la maternidad. Cuando los esposos rechazan comunicarse este don, la totalidad del amor, propio de la vida conyugal, desaparece de su unión.

A partir de aquí podemos ver cómo todas las dimensiones del amor sponsal se ven afectadas. En primer lugar, suprimir el significado procreativo significa eliminar también el significado filial del cuerpo, su conexión con el Creador que es la fuente misma del amor mutuo, el don originario que permite a los esposos donarse uno a otro. Pues sabemos que Dios está

presente en el amor de los esposos a través del lenguaje escrito en sus cuerpos. Este lenguaje no es la invención absoluta de los esposos, sino que recoge la voz de Dios, que les llama al amor. La aceptación del lenguaje del cuerpo, por tanto, implica que los esposos están enraizados en el amor del Creador y por eso es una condición indispensable para una verdadera unión. Al suprimir el significado procreativo del cuerpo con la intención de hacer su unión infecunda, los esposos se separan también del amor originario, el Creador en que su amor mutuo se fundamenta. Es como un agricultor que, para hacer que el árbol no tenga frutos, hubiera de cortar también las raíces: sin raíces un árbol queda privado de la fuente de alimento y agua. Del mismo modo, cuando los esposos silencian el significado procreativo del cuerpo a través de la anticoncepción, tienden a excluir la presencia de Dios de su relación, aunque no sean conscientes de ello.

Como consecuencia se daña también la comunión entre los esposos. Esto es así porque el amor entre hombre y mujer permanece vivo solo si no se cierra en sí mismo, sino que se abre a esa esfera trascendente que les abraza y hace su unión fructífera. De hecho, cuando la relación con Dios Creador queda dañada, resulta más difícil entender la dignidad de la otra persona y crece la tentación de tratarla como objeto. Se hace también más arduo donarse uno mismo al cónyuge, pues todo don de sí se basa en una aceptación previa de uno mismo de las manos del Creador. En conclusión, una vez que se pone en duda la unión con el Creador, el amor de los esposos tiende a convertirse en amor egoísta, vuelto hacia uno mismo; y esto conduce a los esposos, poco a poco, a moverse según el deseo de satisfacer su propio impulso sexual, actuando según una lógica interna de necesidad instintiva, y no de don mutuo.

Métodos naturales para regular la fertilidad

Los esposos pueden tener razones serias para retrasar la acogida en su familia de un nuevo hijo. La respuesta a este problema no es la anticoncepción, sino los métodos naturales para regular la fertilidad. Estos métodos no son solo una alternativa técnica para alcanzar el mismo fin que los anticonceptivos, como si se tratara de un método ecológico (y, en este sentido, «natural») en vez de uno artificial. No: si hablamos de método *natural* no es porque en él se desconfíe de lo tecnológico (esto es algo propio del hombre y de su modo de regir la creación), sino porque se respeta la verdadera *naturaleza* del amor humano, es decir, la verdad misma de la comunión personal entre los esposos.

Para entender esto con más detalle recordemos algo de lo que ya hemos hablado. Para empezar, los amantes no pueden respetar su dignidad mutua si no perciben la verdad del amor, que consiste en un don total de sí mismo. Por eso, solo si los amantes se reciben mutuamente como don del Creador son capaces de darse totalmente el uno al otro. Ahora bien, recibir el amor humano como don de Dios implica que se respeta el lenguaje del cuerpo con que Dios, autor de este lenguaje, se expresa a sí mismo y su amor fecundo.

Los matrimonios con dificultades para recibir más hijos en su familia se encuentran ante una situación nueva en su relación, que requiere un cambio en la forma de expresar su amor. El problema de la anticoncepción es que en ella no se respeta la verdad del amor, es decir, la totalidad del don mutuo. Los esposos no se dan a sí mismos totalmente, pues no quieren entregarse uno al otro el don de la fecundidad. Para ello han de desoír el lenguaje del Creador en sus cuerpos, suprimiendo el significado procreativo de su sexualidad. Como consecuencia, la anticoncepción no permite integrar el deseo sexual en la verdad total del amor y se acaba distorsionando el don mutuo de los esposos.

Con los métodos naturales, por el contrario, los esposos cambian la forma de expresar su amor, pero sin negar la totalidad de la entrega. Pues ahora no hacen su unión estéril, sino que cambian su comportamiento sexual: adaptan la expresión de su amor al ciclo de fertilidad de la mujer, aceptando periodos de continencia. Los esposos son capaces así de darse totalmente el uno al otro, tal como son, sin quitar ningún elemento propio del don de sí mismo. Por eso los esposos que usan métodos naturales expresan verdadera reverencia por lenguaje del cuerpo y su Creador. De esta forma los métodos naturales mantienen el contacto de los esposos con la Fuente del amor, que hace posible el verdadero amor entre ellos.

Ahora entendemos por qué Juan Pablo II habla de una diferencia antropológica y moral entre la contracepción y los métodos naturales. La *diferencia antropológica* se refiere al significado de la sexualidad: en los métodos naturales la sexualidad se ve como ocasión de un don total a la otra persona. Por eso, al practicar estos métodos, los esposos están dispuestos a cambiar su comportamiento sexual, adaptándolo a los ritmos de la fecundidad, para salvaguardar así la totalidad del don, que reconocen como el significado central de la sexualidad humana. Por el contrario, la anticoncepción promueve una mentalidad en que la sexualidad no es tanto la ocasión de un don de sí, sino una necesidad a que hombre y mujer están sujetos. Por eso las parejas que se deciden por los anticonceptivos no quieren cambiar su comportamiento sexual, e insisten en tener relaciones, aunque para ello tengan que eliminar una dimensión del don total de sí mismos.

Esta diferencia antropológica entre los métodos naturales y la anticoncepción lleva consigo una profunda *diferencia moral*, referida a cómo los esposos construyen su acción. Los esposos que usan anticonceptivos tienen gran dificultad en cambiar su comportamiento sexual porque experimentan su sexualidad como una necesidad que se impone sobre ellos. Con los métodos naturales la pareja es capaz de cambiar la expresión sexual de su amor porque su deseo sexual no les domina, ya que ha sido integrado en la verdad del amor a la otra persona. De esta forma la relación sexual no se apropia de todo el espacio de la relación; los esposos son capaces de llegar a una madurez que crece en una verdadera comunicación personal. En una palabra, el uso de los métodos naturales salvaguarda el don total de sí y conlleva una educación en la castidad. Así los esposos se capacitan para dar forma a su relación según la verdad del amor, en cualquier situación de la vida en que se encuentren.

Vemos así que los métodos naturales no son solo la aplicación de una técnica, sino que incluyen una educación integral de los esposos en su capacidad de percibir la verdad del amor, y requieren la entrega de toda la persona. La práctica de estos métodos transforma a los esposos y a su amor, ayudándoles a madurar en respeto mutuo y en la comprensión de su vocación. Entonces la educación sexual se convierte en un asunto mucho más rico y valioso que un simple dar a conocer la mecánica del acto sexual. La verdadera educación en la sexualidad no consiste en dominar una serie de técnicas, sino en integrar todas las dimensiones de la persona de acuerdo con la verdad del amor. Esta educación promueve pureza y reverencia por el propio cuerpo. Juan Pablo II, al unir esta virtud con el don de piedad, nos hace conscientes de que nuestro cuerpo es sagrado, templo de Dios. Este don de piedad, escribe el Papa,

sostiene y desarrolla en los cónyuges una sensibilidad particular hacia todo lo que en su vocación y convivencia lleva el signo del misterio de la creación y de la redención: hacia todo lo que es un reflejo creado del amor y la sabiduría de Dios. Por lo tanto, ese don parece iniciar al hombre y a la mujer, de un modo particularmente profundo, en el respeto a los dos significados inseparables del acto conyugal.

La caridad conyugal y la llamada a la santidad

Este capítulo nos ha mostrado que el camino del matrimonio, un camino de entrega fiel y fecunda, es un camino hacia Dios, en que Él está siempre presente. Por eso el matrimonio es un camino de santidad. En efecto, la santidad consiste precisamente en la comunión con Dios, el único que es santo. Y esto es posible a los esposos precisamente a través de su entrega mutua, en que se dan y reciben como don del Creador.

Así, una de las consecuencias más importantes de la enseñanza de Juan Pablo II sobre el matrimonio es que las parejas no tienen que buscar su camino de santidad fuera de su misma relación. Para el Papa, el mutuo amor de los esposos es ya un sendero hacia el Padre. El don total que el matrimonio requiere de ellos: he aquí su forma específica de vivir el Evangelio y de convertirse en partícipes de la naturaleza divina. Como hemos visto, cuando se aman «en el temor de Cristo» los esposos no solo se dan el uno al otro, sino que se comunican el Espíritu Santo, el amor mismo de Cristo, el Hijo y el Esposo, que une a los cónyuges entre sí y con Dios.

En su novela *Kristina, hija de Lávrans*, la escritora noruega Sigrid Undset, premio nobel de literatura, retrata este carácter sacramental del amor humano con una evocadora imagen. En

ella ilustra cómo el amor humano contiene en él la presencia de Dios, y cómo Dios conduce al hombre hacia Él por medio de este sacramento. Antes de morir, la protagonista de la novela, Kristin, se quita su anillo de bodas. El anillo es para ella un símbolo de la relación con su marido, Erlend, y trae a su memoria todos los dolores y gozos de su vida como esposa y madre de siete hijos. Mientras Kristin espera al sacerdote, que le trae la comunión, medita sobre la marca que el anillo ha dejado en su dedo:

El último pensamiento que vino a su mente es que iba a morir antes de que la marca tuviera tiempo de desaparecer, y eso le hacía feliz. Le parecía un misterio que no podría comprender, pero estaba segura de que Dios la había sostenido con firmeza en un pacto que había sido hecho para ella [...] desde un amor que había sido derramado sobre ella; y [...] ese amor había permanecido dentro de ella, había trabajado en ella como el sol sobre la tierra [...] tras el brillante anillo de oro una marca había quedado impresa secretamente en ella, mostrando que era Su sierva, propiedad del Señor y Rey, que iba a venir ahora en las manos consagradas del sacerdote, para liberarla y salvarla.

Empezábamos este capítulo con la imagen de los anillos de boda. Significan el sello regio de la presencia y acción de Dios que el vínculo matrimonial graba en la vida de los esposos. Terminamos ahora con una imagen complementaria: la de la marca impresa en la carne por la alianza nupcial, como el sello deja su impronta en la cera. A través de esta alianza, las huellas de Dios se han grabado en el cuerpo del hombre y la mujer. Se trata de un signo de la ayuda que ambos esposos han sido el uno para el otro a lo largo de su camino común hacia la casa del Padre. Esta imagen prepara nuestro próximo capítulo, en que estudiaremos la resurrección de la carne y sus consecuencias para la teología del cuerpo.